

Fantasia y juntura del significante

Mario Orozco Guzmán

Raymundo Rangel Guzmán

Alfredo E. Huerta Arellano

Facultad de Psicología, UMSNH

La experiencia analítica se sustenta en la convocatoria de la palabra. Antes, durante y después de su apertura, ésta es escandida, suspendida, contrapunteada por el régimen de la fantasía, la cual se resiste a formularse pese a que su registro de reconocimiento le exige volcarse, soldarse, en una apretada frase, en un enunciado abrupto que puede parecer aislado, desorbitado, inaudito, pero de insospechables consecuencias. Tan pronto es dicha la fantasía, podría hacer desleída su virtual carga y soporte de dicha. Tan pronto es dicha, la fantasía se aproxima al encuentro de su desdicha.

Freud inauguró la clínica de la fantasía en relación con el universo de los sueños, con el lenguaje equívoco de los sueños. Se sorprendió de que fueran tan cercanos en su cometido de cumplimiento de deseos, de su remisión a lo imaginario en la consideración por la dimensión escénica, su apelación interpretativa a los episodios infantiles y su afán de beneficiarse obteniendo cuota de goce por el levantamiento de la censura (Freud, 1999). No por nada la manera en que Freud denomina las fantasías como sueños diurnos, permite afinar bien la proximidad y convergencia de su sentido. Las fantasías anticipan en la vida cotidiana, durante la vigilia, en la supuesta luminosidad de la vida despierta, el deseo insatisfactorio que despierta desde la infancia, el deseo que se figura satisfecho en el caudal de imágenes que libran momentáneamente los interdictos de la cultura.

Pero la fantasía también deriva de la cultura, y del mismo modo pone a la cultura bajo la deriva de las pulsiones. Su derivación de la cultura la integra a otro factor que Freud destaca en lo que se refiere al papel de la condensación en la formación del fenómeno onírico. Nos referimos a lo que él llama *Wortfügung* (Freud, 1999, p.346), “juntura de palabras”, la cual, por la vía del juego del significante, del carácter anfibológico de éste, permite paradójicamente la razón del sinsentido o la inestabilidad del sentido en el sueño y en los síntomas. No hay fantasía que no se constituya en demanda de lo que podríamos llamar un deslizamiento del léxico del deseo. Se pueden consultar las premisas y configuraciones discursivas de la publicidad porno y se encontrará con algunos matices esta *Wortfügung*, esta “construcción lexical” (como Etcheverry traduce este término alemán) del deseo.

Dentro de la empresa del sexo se exclama o musita en el simulacro más atroz del goce, de su vértigo orgásmico, la disposición a atender y responder a todas y cada una de las fantasías más recónditas, infranqueables por la palabra, del cliente. Por tanto es fundamental que se pongan en palabras los escarceos y regurgitaciones del goce. Es fundamental que quien está del otro lado de la línea telefónica, de la *hot-line*, se convierta en un auténtico anfitrión, instigador, portavoz y dictador de las fantasías del cliente, porque sólo de este modo se les puede poner en acción. Incluso diríamos que hacer que el avisado cliente las esboce en palabras en función de su susurro insinuante, moviliza el campo del goce en su trabajo presuntamente liminar o preliminar. Esa movilización ya es acción, incandescente si se quiere, del goce en su empalme con el deseo. Goce de la voz y voz del goce que obnubilan y fascinan al sujeto. Todo esto parece ser correlativo al principio más feroz del mercado: “dime qué quieres y te diré inadvertidamente cómo te voy a esquilmar posibilitando tu disfrute”.

El provecho, la plus-valía, del mercado porno procede, entonces, de la condición reprimida, silenciada, de las fantasías. Por eso se entiende que lo que ofrece, que lo que oferta, es un campo que desborda el cortejo de los fantasmas. Como lo advierte Jean Baudrillard: “La sexualidad tal como nos la cuentan, tal como se habla de ella, sin duda es sólo, como la economía política, un montaje, un simulacro, que siempre ha atravesado, desbaratado, superado, las prácticas como cualquier otro sistema. La coherencia y la transparencia del homo sexualis no ha sido mayor que la del homo economicus” (Baudrillard, 1995, p.44). Las maniobras mercantilistas de la sexualidad, su operación en el mundo del mercado, su estatuto de mercancía, la hacen redituable, rentable, en la consunción de los cuerpos y las voces. Es el provecho que obtiene un síntoma de la reducción de la fantasía a la nada silenciosa del organismo, a la nada de la muerte, a la nada del goce.

Freud entendía en ese sentido la conexión fantasía-síntoma, en su emergencia de un léxico de lo indecible que no tendrá más remedio que decirse de manera velada: “El estudio de las psiconeurosis nos depara un sorprendente hallazgo: estas fantasías o sueños diurnos son las etapas previas más inmediatas de los síntomas histéricos -al menos de toda una serie de ellos-; no de los recuerdos mismos, sino de las fantasías construidas sobre la base de ellos, dependen sobre todo los síntomas histéricos” (Baudrillard, 1995, p.488). La fantasía como formación previa del síntoma, como pre-síntoma, como lo que prepara la condición de retorno de lo reprimido en el síntoma, es un auténtico descubrimiento de la clínica psicoanalítica. Tal vez hasta podríamos decir que la fantasía como retoño de lo reprimido, al igual que el síntoma, en su difícil plasmación lexical, se constituye en el descubrimiento psicoanalítico por

excelencia. Ante todo, como Lacan lo señala (1967), porque su dimensión es supuesta por la lógica del fantasma regida por los vaivenes y retorsiones del significante.

Y se le descubre a esta fantasía, que dimensiona la intervención del fantasma, precisamente en su papel interpuesto, yuxtapuesto, con el mundo de los recuerdos. Su interposición y yuxtaposición refracta, relee, reconfigura, el territorio de las reminiscencias, pero siempre en función de su aparición y presencia lexical. De este modo es como Freud la pesquisa en su lectura del recuerdo encubridor aparecido en “Sobre los recuerdos encubridores”. Conviene subrayar que precisamente la infiltración de la fantasía, como simultánea velación y revelación del deseo en su orquestación figurable, en el campo de los recuerdos subvierte la lógica de estos últimos. Resulta que lo que más se recuerda, lo que más reaparece en nuestra memoria, no es lo que podríamos llamar lo más significativo e importante. Lo que aparece con más insistencia y persistencia es lo que podría parecernos nimio, intrascendente, anodino ¿O tal vez también que la fantasía, desde el fondo y contundencia de lo reprimido del deseo, subvierte el orden regular de lo que se entiende por lo más valioso y lo más indiferente del conjunto de nuestros recuerdos? Tal vez la fantasía, insuflada de deseo reprimido, vulnere la valoración yoica de los episodios de nuestra historia. Nos encontramos con el descentramiento del sujeto en función del deseo.

Freud se re-presenta como otro en este pasaje decisivo de su biografía. Se trata de un capítulo relativo a la catástrofe del padre. Catástrofe comercial, se dirá, pero catástrofe al fin, pues el padre pierde su fortuna y la familia debe abandonar el campo para migrar a la ciudad. Este revés económico del padre de nueva cuenta vulnera el estatuto fálico de éste en el pequeño Sigmund. Esta situación amenaza con lacerar o socavar la confianza del Yo en su proyección heroica. Como lo indica Ricoeur: “Las situaciones catastróficas hacen surgir en el centro de la situación esa dilección por mí mismo sordamente presente en el deseo de alguna cosa” (Ricoeur, 2004, p.73). La experiencia de catástrofe remite a la afección del yo, a la relación de deseo del sujeto más allá del ideal paterno y del ámbito familiar. Se evidencia pues una experiencia de algo que le ha sido quitado al padre y a la familia junto con el padre -demostrando su fragilidad o inconsistencia. Las cosas ya no serán igual de ahí en adelante; se marcará una línea cronológica y crónica que retroactivamente situará la ilusión de un tiempo pasado, de un tiempo antes del quiebre, antes de la fractura económica y social, donde todo habría estado soberanamente bien y donde se podría hablar hasta poéticamente de “los hermosos bosques del solar natal a los que solía escapar de mi padre apenas pude caminar” (Freud, 2000, p.306). En el bienestar del campo, dentro de los bosques, Freud parecía estar a salvo del padre y sus desgracias, parecía estar a resguardo

del padre, cuya desgracia ahora lo expone a un rotundo malestar. Ya no puede escapar del padre. La desgracia de éste lo ha alcanzado: “El ahogo económico y la desgracia familiar no eran las únicas razones que llevaban a Freud a no considerar dignos de recuerdo sus primeros años en Viena” (Gay, 1996, p.31).

Arrancado del solar natal, de la naturaleza protectora del padre, Freud se recuerda en contraste como sujeto de una experiencia de arrancamiento. El fracaso paterno que parecía inscribirlo en el lugar de objeto a, arrojado como desecho, se confronta con un episodio donde, teniendo entre dos y tres años de edad, le arranca a una primita de su misma edad el más hermoso ramillete, de los que en esa ocasión se habían arreglado. La escena es bucólica, campirana y cargada de nostalgia, pero en el centro aparece un acto que rompe con el cuadro. La lógica del significante anclada o suscrita en un trozo discursivo reza: *wir Buben aber fallen wie auf Verabredung über sie her und entreiBen iher die Blumen* (Freud, 1999, p.541), “pero nosotros los pillos caímos sobre ella como si estuviéramos de acuerdo y le arrancamos las flores”. “Arrancarle algo a otro”, la lógica del despojo, se da en el marco imaginario de la fantasía de violencia a dúo, en un escenario de travesura que enmarca el fantasma de pérdida de la virginidad, de desfloración: “quitar las flores a una niña eso equivale a decir ‘desflorarla’. ¡Qué oposición entre el descaro de esta fantasía y mi timidez en la primera oportunidad, y mi indiferencia en la segunda!” (Freud, 1999, p.307). Freud evoca una postura distinta ante la prima cuando a los diecisiete años se la vuelve a encontrar en el villorrio de su infancia. No le transmite ninguna emoción su presencia, por lo menos no le impresiona como antes. El amor por la prima se fue, se esfumó, junto con la emigración familiar. Pero nos damos cuenta que se sigue tratando de una basculación triangular del amor donde continua apareciendo la figura del padre. El fracaso del padre signó y significó la pérdida del amor infantil, marcó y delimitó la pérdida de la Madre-Naturaleza. Varios años después los estudios universitarios arrancan a Freud de la voluntad paterna de casarlo con la añorada prima. Como en el campo, Freud escapará al designio del padre, esta vez a través de su dedicación “por entero a los libros” (Freud, 1999, p.309). Por eso no debe sorprender esta pasión indomable en Freud por el mundo de los libros. Lo arrancaron del bienestar de la naturaleza, le arrancaron el bienestar natural, lo privaron de las flores del campo, de su virginidad, lo desfloraron, pero de los libros no habrá manera de que lo arranquen. Por eso no hará el menor caso del proyecto matrimonial del padre y del tío, proyecto que como bien lo señala Freud no era sino una tentativa de resarcimiento. Deja y mantiene a su padre en deuda con él.

La fantasía es arduamente creativa en el despliegue silencioso de su argumentación. Encadena escenas que pueden ser ritmadas por una frase

o una seriación de frases. Desde la insinuación de “lo que habría pasado si”, se abre un tropel de imágenes como el que Freud confiesa a su interlocutor imaginario. El recuerdo se desteje a medida que la fantasía toma su lugar, o se asienta sobre él. La fantasía ensaya corregir la realidad o corrige la realidad provista de malestar ensayando al deseo en un montaje que absorbe al sujeto, suministrando algo del supuesto bienestar del goce. En la medida en que advertimos esta absorción del sujeto, su alienación en el montaje, se puede hablar de un atrapamiento por el fantasma.

Por eso no deja de producir interés que Freud indique la trama novelesca de la fantasía como prolegómeno del síntoma con un aire de desenfado: “Supongan el caso de un joven pobre y huérfano, a quien le han dado la dirección de un empleador que acaso le contrate. Por el camino quizá se abandone a un sueño diurno, nacido acorde con su situación. El contenido de esta fantasía puede ser que allí es recibido, le cae en gracia a su nuevo jefe, se vuelve indispensable para el negocio, lo aceptan en la familia del dueño, se casa con su encantadora hijita y luego dirige el negocio, primero como copropietario y más tarde como heredero” (Freud, 2000, p.131). Se corrobora esta captura que opera el sueño diurno sobre el sujeto. Éste se encuentra atrapado en el castillo de aire, atrapado en una construcción lexical que no atina a verbalizarse, pero que lo eleva hasta la eliminación y sustitución del padre. Se queda con los bienes de éste para su excelso goce. No nos sorprende que en esta urdimbre lexical radique la condición del síntoma, su cimentación. Contiene el tejido de la estructura del amor culpable, semejante a la declaración contingente y concluyente de un sujeto, cuando después de evocar el recuerdo fantasma del carácter excesivamente dominante de una abuela, su posición de gran señora de la casa, se atreve a hacer surgir la expresión: “¡la mera mera!”. ¿Quién dijera que con eso sesgaba la cuestión del goce, la exhortación que hace perder todo dominio y señorío, el mandato que empuja al goce encadenado a la servidumbre, en el ensamble de la palabra: “lame ramera”?

La fantasía entrama el deseo en las coordenadas imaginarias del Yo. Esto explica por qué Freud posiciona la fantasía como una figura abigarrada, como figura que combina el orden narcisista -de la razón- con el factor reprimido de las mociones del deseo. Por eso asemeja su formación con los mestizos (Freud, 2000, p.188) que al reunir rasgos que revelan su condición de raza reprimida, oprimida por el poder de los amos del colonialismo, de la raza blanca, son excluidos de ciertos privilegios. Las fantasías también son excluidas de las prerrogativas de la conciencia, no obstante “su alta organización“. Igual que los mestizos, las fantasías pugnan por su reconocimiento, por hacer valer su verdadero origen, por hacer reconocer su origen en la verdad del deseo. Su alta organización no contradice la cobertura narcisista, de omnipotencia, de grandeza, bajo la

cual se despliega la aventura de lo reprimido, la aventura de lo prohibido, a la que se ciñe la dialéctica del Edipo. Las grandes fantasías del encuentro anhelado, la presentación del compañero o la compañera, novio o novia, prometido o prometida, a los padres, el momento inquietante de decir quién es él o quién es ella, y quiénes son ellos o quién es cada uno de ellos, no dejan de mezclar el imperio de la satisfacción que produciría la impresión obtenida, la imagen que se brindaría de sí y del otro y de los otros, con lo reprimido que lleva la marca de lo prohibido. Imagen especular sin duda, pero también imagen para especular en el cortejo de fantasmas que se hacen desfilar y destilar, y que tensan de antemano el encuentro que enseorea la decisión del sujeto. Presunción de conquista, de logro, de orgullo que calcifica al ego, pero también presencia ante el deseo del Otro que puede ser angustiante en la sensación que produce, como Lacan lo plantea. Ritual de demostración que puede adquirir un alcance de festejo, siguiendo o culminando en la construcción lexical que no puede decirse: “¡Sí se pudo!”. Léxico breve pero sustancioso en la festividad deportiva cuando se demuestra que se logró aquello que se creía imposible, que se obtuvo lo que presentaba indudables obstáculos, inmediatamente enfrente y haciendo un frente opositor a la apuesta de alguien que puede ostentarse como un verdadero ganador. Esta fantasía previa al encuentro de las presentaciones formales prevé, visualiza de antemano, la escena, como la de un triunfador ante la causa perdida de sus padres o frente a los padres como causa perdida.

Las grandes fantasías del origen, como la del Génesis, exhiben esta grandilocuencia del Yo narcisista, pues demuestran la facultad engendradora de Dios, del *Urwater*, sin concurso más que del cuerpo del pobre Adán. Cuando Lacan (1967) dice que el Otro finalmente es el cuerpo como asiento primordial de inscripciones, interroga el hecho de que en el caso de Yahvé no podría haber alteridad sino a partir de la presencia de Adán. Alteridad esbozada e insuficiente porque no marca diferencia -en tanto se ha creado bajo la premisa de “a imagen y semejanza”-, y porque es absorbida finalmente en el designo omnipotente de Dios. No olvidemos que se crea al hombre “para que domine” sobre toda especie que habite y se mueva en la tierra. Esta fantasía no deja de ser algo sexual aun en su cristalización yoica y narcisista. Dios a-coge bastante bien a este primer hombre y lo hará reproducir y reproducirse extirpándole un pedazo de cuerpo, una costilla. Con este pedazo moldea a la mujer que viene a inscribirse, a tomar lugar en ese discurso acerca de que “no es bueno que el hombre viva solo”.

El lugar significante precede a quien lo ocupará. Función y misión de compañía y de ayuda preestablecidas y asignadas a la mujer. Su valor depende del cumplimiento de lo que preordena este discurso. Yahvé de esta manera hará perder algo al hombre primordial, lo hará estar en falta

para desde ahí hacer nacer verdaderamente otra cosa. Que no hay acto sexual está claro, pero eso no excluye lo sexual en la causa del deseo que se erige desde el pedazo que se deja caer. Pedazo que se hace mujer y mujer que se hace deseable. Por eso Lacan (1967) señala que basta que la mujer entre en el juego suscrito por este mito bíblico para que la tengamos como objeto fálico propuesto para colmar y simultáneamente estafar al hombre, al no reencontrar éste ahí sino su complemento corporal.

De manera que la fantasía no protege de ser unos verdaderos incautos. Freud precisa de la fantasía para sostener que no es posible sostener la relación entre principio de placer y principio de realidad en términos de sustitución, o de relevo como lo plantea, de uno por el otro. La fantasía es indispensable para establecer que las separaciones no son tan radicales como se piensan, ni siquiera las que se refieren a la que existe entre pulsiones sexuales y pulsiones del Yo. La fantasía permite que la postergación de la satisfacción del deseo bajo el dictado del examen de realidad no aniquile al sujeto del placer ni al placer del sujeto. Con este propósito se anuda al autoerotismo: “La eficacia continuada del autoerotismo hace posible que se mantenga por tan largo tiempo en el objeto sexual la satisfacción momentánea y fantaseada, más fácil, en lugar de la satisfacción real, pero que exige esfuerzo y aplazamiento. La represión permanece omnipotente en el reino del fantasear; logar inhibir representaciones *in statu nascendi*, antes que puedan hacerse notables a la conciencia, toda vez que su investidura pueda dar ocasión al desprendimiento de displacer. Este es el lugar más lábil de nuestra organización psíquica...” (Freud, 2000, p.228). También podría ser el lugar más débil en la medida en que el Yo se engaña creyendo que tiene bajo su dominio al reino de la fantasía. Representaciones propias de este reino también tienen poder, y este poder, por ligero que sea, como la política lo demuestra bastante, puede incrementarse y pasar sin notarse por la conciencia desprendiendo goce, es decir, esta especie rara, orgánica, que produce placer larvado de displacer.

También en este caso no conviene desdeñar ni olvidar que la fantasía podría encontrar quien explotara su recurso lexical y reciclarlo, reinventarlo o inventarlo por la vía de la escritura. Nos referimos a que el reino de la fantasía puede ser abierto desde la presunta omnipotencia de la palabra. Se puede *d-escribir* casi todo de ese paraje de la fantasía en tanto el autor literario, el que hace el inventario de ese reino, cuenta desde su lugar Otro lo que estaría vetado y cancelado por la represión. El escritor mediante la fantasía ilustra la imposibilidad de oponer los principios que rigen al placer y a la realidad. Con su obra, donde “da libre curso en la vida de la fantasía a sus deseos eróticos y de ambición” (Freud, 2000, p.229), demuestra que puede entregarse al lector una realidad distinta, una realidad donde se impone la erótica del poder y el poder de la

erótica. Pretende construirle a su público lector un mundo diferente al que lo orilló a una especie de destierro por las renunciaciones que imponía. Como un buen padre que se propone ofrecer al hijo bien amado un mundo mejor, un mundo más satisfactorio, una realidad donde todo gire en torno a él, un mundo a modo para su narcisismo egocéntrico. Resulta en este sentido pertinente un comentario reciente que ha hecho Mario Vargas Llosa sobre la función compensatoria, la función indemnización de la literatura a propósito del personaje Scherezade de *Las mil y una noches*: “Ese quehacer, esa magia, refinó la sensibilidad, estimuló la imaginación, enriqueció el lenguaje, deparó a hombres y mujeres todas las aventuras que no podían vivir en la vida real y les regaló momentos de suprema felicidad. Eso es también la literatura: un permanente desagravio contra los infortunios y frustraciones de la vida”¹. De este modo la literatura apela a que el lector, el público en general, acuda a su llamado identificatorio en un escenario en el cual la heroicidad del yo, en las aventuras de riesgo que se plasman, se combina con una pasión amorosa afortunadamente bien retribuida en el desenlace feliz. Incluso diríamos que en cierta medida desde Freud todo artista está condicionado desde un lugar de mujer. El cuerpo de la realidad o lo real del cuerpo resulta agraviado, frustrante, insatisfactorio, pues se presenta en falta, carente de aquello que podría colmar la plenitud fálica de la cual está investida la figura materna. Entonces la fantasía deviene artefacto, ensambladura de significantes, para que la carencia se colme con la función fálica, la función-hijo de la obra artística. Es muy común el parentesco que establecen los artistas con sus obras en el discurso biográfico, parentesco fundamentalmente de filiación.

El poeta habilita para el goce, indica Freud (2000, p.135), al conducirnos al encuentro con nuestro deseo configurado y sustentado en el orden imaginario del fantasma. Ahí radica lo que subraya como el *ars poetica*, la técnica del poeta. Es una técnica de la palabra, un arte del significante, que le permite acomodar un discurso, una serie de discursos, que pueden hacer conciliar inadvertidamente en el sujeto-lector a las fantasías tanto con el placer como con la palabra. El lector puede entonces encontrar en las palabras del Otro la posibilidad de nombrar, aunque sea apenas o a duras penas, alguna imagen de su deseo o un cierto pasaje de la fantasía. El poeta, el artista del significante, recurre al manantial de sus fantasías para hacer con su palabra, con la “juntura de sus palabras”, el escenario satisfactorio del deseo innombrable, en la obra que expone al otro, y éste, el público toma las palabras del creador literario, acude a las citas de sus palabras, para intentar dar cuenta de lo que no puede nombrar. Lo cual nos permite también situar la incidencia del fantasma en la historia escrita o por escribirse y contarse, haciéndola un poco mentirosa en la transmisión vertiginosa e increíble de la verdad. Es lo que plantea Gérard Pommier (2004, p.82) al proponer que la mentira viene a ser como la

distorsión involuntaria que el fantasma inflige a los acontecimientos, lo cual supone que la historia permanezca al fin y al cabo “tributaire du fantasme”.

La fantasía transita en silencio, merodea y pulula en silencio, clausurando en su cortejo imaginario la potencia equívoca del significante. Sobrepuja límites bajo el ideal omnipotente del Yo; en esa medida se brinda como respuesta al goce del Otro. En ese sentido responde a la cuestión del goce del Otro. La respuesta a esta cuestión está inscrita en el cuerpo histérico, es decir, la histérica responde con el cuerpo, con el cuerpo como escenario o con el escenario encarnado, a la cuestión del goce del Otro. Casi diríamos que su respuesta es de tal nivel, de tal alcance, que bien podría pretender anular el goce del Otro, al cargarlo en el síntoma corporal. En el umbral del síntoma ya se sitúa el fantasma del goce del Otro, con tal de no dar pie a la diferencia. El síntoma, en su umbral o en su despliegue, presenta y representa al cuerpo del fantasma de la indiferenciación sexual, al cuerpo del fantasma del ser andrógino. De modo que, como señala Serge André (1995, p.40) en relación a un caso de fetichismo, cuando un analista apuesta por interrogar al síntoma, el cuerpo doloroso del síntoma, de manera sistemática y en torno al contexto de su producción, asoman enseguida una serie de fantasmas con los que está vinculado inconscientemente. Más allá de la pertinencia de una intervención casi investigativa en la clínica analítica, importa destacar que quizás es la presencia sumamente ubicua del síntoma en el relato del sujeto lo que delata el cerco del fantasma o la función cerco del fantasma.

Sabiendo que la bisexualidad sólo en el fantasma gravita, mientras lo simbólico podría abrir su espesa y extensa significación, el cuerpo en la histeria le dará condición de expresión. Eso es lo que Freud dilucidó en lo real del ataque histérico. Una manera de saldar el conflicto indecible del deseo con las instancias represivas es dramatizarlo, hacerlo jugar en el cuerpo como escenario. De este modo, resulta aliento para el goce un ejercicio tenso de violencia sexual, de violación, encarnando alternativa o simultáneamente los papeles de verdugo y víctima, de hombre y mujer: “...hallamos correspondientes en ciertos ataques histéricos en que la enferma juega al mismo tiempo los dos papeles de la fantasía sexual que está en la base. Por ejemplo, en un caso observado por mí, con una mano aprieta el vestido contra el vientre (en papel de mujer), y con la otra intenta arrancarla (en el papel de varón). Esta simultaneidad contradictoria da razón, en buena parte, del carácter incomprensible de la situación, empero tan plásticamente figurada en el ataque, y es por eso adecuadísima para ocultar la fantasía inconsciente eficaz” (Freud, 2000, pp.146-147). La situación resulta incomprensible pero si evocamos la necesidad, reiteradamente señalada para la praxis de la empatía y nacida en la retórica de la compasión, de ponerse en el lugar del otro para

comprender su condición subjetiva, las cosas tienen otro sesgo. No hay mejor manera de comprender al otro que comprenderlo en el arrebatado violento de su pasión, que integrarlo al cuerpo del síntoma. No hay mejor manera de comprender el goce del Otro que hacerlo participe del síntoma, identificándose e identificando en el cuerpo, en la acción rocambolesca del cuerpo; esa mano que quiere arrancar el vestido, es la mano que podría ser propia en la acción que violentamente conduce a la desnudez y al autoerotismo. Del mismo modo que la otra mano podría ser la del Otro, la del Otro que sujeta, que impone la presión de la cultura, de la industria de la vestimenta, sobre el cuerpo.

Ya Lucien Israel había descubierto el papel misticador del vestido adosado a una hiperfeminidad personificada de modo multifacético y a la función cebo del maquillaje: "...lo que atraerá más la atención y la mirada será la función de máscara desempeñada por el vestido. El vestido muestra que esconde alguna cosa; no muestra lo que esconde, pero indica que hay una cosa escondida o por esconder. Puede tratarse, por ejemplo, de tejidos de amplias mallas; o redcillas, que descubriendo una ropa interior de color carne, en donde todos los demás creerán ver la piel sólo estarán viendo tela. El vestido adquiere en este caso la función sólo adecuadamente denominada del maquillaje" (Israel, 1979, p.52). Sea para despojarse del vestido, sea para ser despojada del mismo, sea para ataviarse con él cuidando todos sus aditamentos, nos encontramos con un juego de seducción adherido al cuerpo del otro y a la mirada del otro, que presuntamente ratifican el estatuto de ser mujer.

¿Qué es ser hombre? ¿Qué es ser mujer? ¿Qué es ser hombre y qué es ser mujer en una situación de "ataque sexual"? El fantasma responde y pone en escena corporal su respuesta, su respuesta comprensiva. Tenemos entonces no sólo un *bisexuelle Bedeutung*, "significado bisexual", sino también un juego bisexual, una actuación bisexual, una actuación masculina de mujer y una actuación femenina de hombre en el ataque del síntoma o en el síntoma como escena de ataque. Incluso contamos con actuaciones impregnadas de una violencia emergida de una interpretación propia del orden de la fantasía. Por tanto, la bisexualidad pertenece a este registro del significado, al registro del imaginario que aprieta y condensa las diferencias. De esta manera la escenificación del síntoma, en la contradicción encarnada, en la lucha encarnizada entre las manos, no deja de evocar la famosa frase de "juego de manos, es de villanos". Y en efecto, esta ensambladura de palabras puede funcionar como el epígrafe del sentido lúdico del mal, del sentido erótico del mal, más allá de la cuestión de las diferencias entre hombre y mujer. La plasticidad manual y la manualidad plástica del síntoma permiten exhibir una actuación magistral, una interpretación soberbia de lo que sería un cuerpo violentamente acoplado,

violentamente emparejado, absorbiendo toda la imagen, componiendo en su acción-reacción la presencia vertiginosa del ser andrógino, del ser fálico.

El trabajo de Freud llamado “Pegan a un niño”, representa el crisol de esta conexión extravagante entre fantasía y juntura de significantes. En dicho artículo en efecto nos tropezamos con la aparición de textos que enuncian fantasías. La primera fase de lo que Freud señala como *Schlagephantasien*, “fantasías de golpes”, parece verse rubricada con el enunciado: *Der Vater schlägt das Kind*, “el padre pega al niño” (Freud, 1999, pp.203-204). Si en el ataque histérico hay un montaje de la bisexualidad o del ser andrógino, los fantasmas de maltrato ponen en escena lo neutral del niño agraviado. No se sabe si se trata de niño o niña, el artículo es indefinido, neutral, aunque los golpes no son para nada ni indefinidos ni neutrales. Se aplican al niño odiado por estas niñas que en la segunda fase de la trama fantasmática dirigen el golpe contra sí mismas al señalarlo en su texto: *Ich werde vom Vater geschlagen*, “soy golpeada por mi padre” (p. 204). Al final de la primera fase deviene reconocible lo que en un principio no parecía. Nos referimos al padre que se preserva como golpeador en una segunda fase que no es sino una construcción del análisis, es decir, no hay elementos para suponer su existencia real, asevera Freud; sin embargo, pertenece a la lógica del proceso imaginario donde la niña se instala en el lugar de la criatura azotada por el padre. El fantasma, como en las fantasías bisexuales inervadas en el cuerpo del ataque histérico, permite la encarnación dramática de la empatía o de la simpatía identificatoria. La niña se mete a la escena dejando de ser la espectadora del sadismo del padre. Se trata entonces de fantasías que se acompañan de fórmulas, de textos que se enuncian no sin titubeos, o que se construyen ante el vacío de la consciencia de la implicación del deseo.

La tercera fase se presenta bajo el enunciado que intitula el texto freudiano: *Ein Kind wird geschlagen*, “un niño es pegado”. Reaparece la imagen del niño en su condición neutra, imprecisa, y la posición voyeur, espectadora y expectante del sujeto ante la violencia a que es sometido aquél. Precisamente Freud no enfatiza este posicionamiento voyeurista de la niña que ve cómo un niño es azotado por una persona indeterminada, que recubre en cierta medida a la figura del padre. Pero dicho posicionamiento se trasluce cuando al ser interrogado el sujeto por su lugar en la escena, parece deslindarse al afirmar: *Ich schaue wahrscheinlich zu*, “probablemente contemplo” (p. 205). No sólo se pondría en acto un fantasma de goce sádico en estas escenas de maltrato sino también la localización de una satisfacción que deja caer la mirada como *objeto a*, como objeto causa de deseo. En efecto, el lugar que ocupa el sujeto es quizás, sólo quizás, de mirada, que porta la excitación que se desfogará en el acto onanista que concluye esta novela de tres capítulos, sobre la

violencia ejercida contra los otros y contra el propio yo. Esta violencia en su urdimbre fantasmática se acompaña de textos, de enunciados, de juntura de significantes, balanceándose entre el yo y su alter ego, conjugando al yo del afán de apropiación incestuosa con el otro de la pasión celosa y vengativa. La función del analista es emprender la disyunción de lo que está ensamblado y hace pivote del goce. Sólo la disyunción puede desamarrar al fantasma. Sólo la disyunción de los significantes despejaría un sentido alterno al fantasma de “Pegan a un niño”, un sinsentido de ocurrencia para los de habla hispana. Sería el que se desprende del doble sentido de la palabra pegar, el cual agrega al de hacer daño, uno que se refiere a la idea de fijar, adherir, juntar. De este modo, si un niño es pegado es porque tal vez sea necesario constituir la unificación de lo que aún en su ser se presenta o vive como desmembrado. O porque tal vez resulte indispensable pegarlo a un texto, de estampitas o de dibujos animados. Pegándolo a un texto nos enteramos finalmente de que no podría haber fantasía sin su respectivo glosario.

Bibliografía

- André, S. (1995). *La impostura Perversa*. Barcelona: Paidós.
- Baudrillard, J. (1995). *La Seducción*. México: REI.
- Freud, S. (1999). *Die Traumdeutung*. GW, III/IV. Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (1999). *Ein Kind wird geschlagen*. GW, XII. Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (2000). *El creador literario y el Fantaseo*. OC, V. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). *Las Fantasías Históricas y su relación con la Bisexualidad*. OC, V. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). *La Interpretación de los Sueños*, OC, V. V. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). *Formulaciones sobre los Dos principios del Suceder Psíquico*. OC, V. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). *Lo Inconsciente*. OC, V. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000). *Sobre Los Recuerdos Encubridores*. OC, V. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999). *Über Deckerinnerungen*, GW, I. Frankfurt am Main: Fischer.

-
- Gay, P. (1996). Freud, Una Vida de Nuestro Tiempo. Barcelona: Paidós.
- Israël, L. (1979). La Histeria, el sexo y el Médico. Barcelona: Toray-Masson.
- Lacan, J. La Lógica del Fantasma, inédito.
- Pommier, G. (2004). Naissance et Renaissance de l'écriture. Paris: Presses Universitaires de France.
- Ricoeur, P. (2004). Finitud y Culpabilidad. Madrid: Trotta.
- Vargas, M. (2008). Contar Cuentos. Diario Provincia, 29 de junio de 2008. Morelia, Michoacán.
-

Notas:

¹ Aparecido en el diario Provincia de Michoacán, el día 29 de junio de 2008, con el título Contar Cuentos.